

tratado de paz se firma en Tilsit; el zar de Rusia reconoce el dominio de Francia en el centro y oeste de Europa, y celebra una alianza militar con Bonaparte. Napoleón es dueño de casi toda Europa Continental y aliado del único país fuerte que no está dominado por él, Rusia. Austria intenta sacudir el predominio francés (1809) pero es derrotada en una campaña breve y brillante. En 1810, Napoleón se casa con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador de Austria.

Prosigue la lucha con Inglaterra. Napoleón implanta el bloqueo continental, prohibiendo todo comercio de Inglaterra con el continente. La finalidad es destruir económicamente a Inglaterra. Ésta contesta con un contrabloqueo.

La necesidad de que el bloqueo fuera completo, ya que cualquier resquicio de importancia le quitaba efectividad, lleva a Napoleón a conquistar otros Estados europeos. Se anexa los Estados de la Iglesia en Italia, provocando así el disgusto de los católicos. Atraviesa España para ocupar Portugal, lo que logra sin mayores dificultades, pero estalla la rebelión en España. Bonaparte nombra rey de este país a su hermano José. Los españoles organizan un régimen parlamentario cuyo poder legislativo reside en las Cortes, establecidas inicialmente en el puerto de Cádiz, donde elaboran y aprueban una constitución. El Ejecutivo está en manos de una regencia, que gobierna a nombre de Fernando VII, y se apoya en las Juntas. La lucha contra los invasores franceses es enormemente popular y se expresa en una dura guerra de guerrillas, que los franceses nunca logran aplastar y que les causa grandes pérdidas.

En el apogeo de su poder, Napoleón había ampliado considerablemente las fronteras de Francia, anexando Saboya, Holanda y las tierras al oeste del Rin. Otros países, como Suiza y la Confederación del Rin, estaban bajo su "protectorado". En España, en el reino de Westfalia formado en parte por provincias arrebatadas a Prusia, y en el sur de Italia, Napoleón había impuesto como reyes a hermanos suyos.

El zar Alejandro I se decide a desconocer el acuerdo de Tilsit firmado en 1808, porque considera que no le conviene mantener la política del bloqueo continental que perjudica al comercio ruso; en 1812 estalla la lucha entre las dos potencias. Napoleón invade Rusia con su gran ejército compuesto por más de 350 000 hombres. Los rusos se retiran, hostilizando a los franceses y entregándoles únicamente tierras calcinadas. En septiembre se libra la batalla de Borodino, donde Napoleón fuerza el paso hacia Moscú. Sin embargo, los rusos, en vez de rendirse, queman su propia capital y obligan a Napoleón a emprender la retirada en octubre. La marcha es desastrosa y son pocos los que logran salir, maltrechos y derrotados, de Rusia.

La campaña de Rusia significa el fin del poderío napoleónico. Todavía logra defenderse algún tiempo con nuevos ejércitos, pero es derrotado finalmente en la batalla de Leipzig. Se retira a Francia donde sus propios mariscales se niegan a seguir luchando, y es envia-

do como soberano a la pequeña isla de Elba, bajo la vigilancia de los vencedores.

Los aliados imponen como gobernante de Francia a Luis XVIII, hermano de Luis XVI.

El pueblo, que había aceptado indiferente el retorno de los Borbones, pronto se indigna contra ellos. Napoleón logra burlar la vigilancia de los aliados, vuelve a Francia el 1 de marzo de 1815, entra en las Tullerías el 20 del mismo mes y establece su gobierno de los Cien Días. Ofrece la paz a los gobernantes europeos, pero éstos lo declaran fuera de la ley y deciden combatirlo con todas las fuerzas disponibles.

Napoleón presenta batalla, pero es derrotado en Waterloo por una coalición de ejércitos en que destacan los ingleses y los prusianos. Vuelve a abdicar y se refugia en un barco inglés. Los ingleses lo consideran prisionero de guerra y lo recluyen en una pequeña isla del Atlántico del Sur, Santa Elena, donde muere en 1821.

A pesar de que impone nuevamente la forma monárquica de gobierno en Francia, y de que anula muchos de los derechos conquistados por la Revolución Francesa, el gobierno de Napoleón significa, en lo fundamental, la consolidación de lo realizado por la Revolución, y al extender por algún tiempo el dominio de la burguesía francesa a todo el continente europeo, lleva y difunde las ideas democráticas y socava decisivamente las bases del Absolutismo y del decadente régimen feudal.

La Revolución Industrial

El intercambio comercial, bastante importante en la época grecorromana, decae mucho con el derrumbe del Imperio de Occidente. Hay una reanimación a partir del siglo IX, y a raíz de las Cruzadas renace el comercio en gran escala. El descubrimiento y la consiguiente colonización de América dan otro fuerte impulso a este incremento.

La producción, durante toda la Edad Media y en buena parte hasta mediados del siglo XVIII, se realizaba en el taller artesanal, donde colaboraban un maestro, varios oficiales y algunos aprendices. Frecuentemente, al hacer sus pedidos los comerciantes se encargaban de proporcionar materias primas a los artesanos.

Al incrementarse los mercados, se requiere una producción más rápida y ágil. El primer paso para crearla se da en la reunión de muchos talleres artesanales en las "manufacturas". Estos establecimientos facilitaron la división del trabajo. Después fue relativamente fácil sustituir a un trabajador o a un grupo de trabajadores que realizaban la misma operación, por una máquina que la hacía en forma más rápida y, muchas veces, mejor. Así, la manufactura crea las condiciones técnicas para el empleo de las máquinas.

Desde los siglos XIV y XV, los nobles desplazan a muchos campesinos de las tierras que cultivaban, sobre todo para dedicarlas a la cría de ovejas cuya lana redituaba amplias ganancias. Mediante los "cercados" se transforma en propiedad privada gran parte de las tierras antes comunales. Los labradores despojados de sus campos, junto con los artesanos arruinados y con otros sectores pobres, van formando lo que será la clase de trabajadores industriales: una importante capa de población que no tiene medios propios con qué trabajar y que se ve obligada a contratarse a cambio de un salario. Los campesinos, que antes producían gran parte de lo que consumían, junto con los demás trabajadores asalariados, incrementan el mercado al tener que adquirir los bienes que necesitan para vivir. Al mismo tiempo, la explotación de las colonias, específicamente de América española y, en los siglos XVIII y XIX, de la India, junto con la piratería, el tráfico de esclavos, el comercio y algunas otras fuentes, facilitan la acumulación de grandes riquezas, que son usadas como capital: para la compra o elaboración de utensilios o máquinas, adquisición de materias primas, pago a trabajadores. Se dan así las premisas para que se realice la Revolución Industrial, en los siglos XVIII y XIX.

La Revolución Industrial en Inglaterra

Las condiciones para el paso de la producción artesanal a la industrial se dan primero, sobre todo, en Inglaterra, gracias a su posición insular que facilita el comercio y la producción de telas de lana, además de su evolución política. La transformación se inicia en los textiles de algodón. En 1733, John Kay inventa una lanzadera, que acrecienta en gran medida la elaboración de telas; se requiere, por ello, el incremento de la producción de hilaza, y las asociaciones de fabricantes ofrecen premios en metálico para quien invente una máquina en este sentido. En 1764, Hargreaves inventa una hiladora; casi simultáneamente se pone en operación una máquina hiladora movida por fuerza hidráulica, con lo cual se amplían las energías disponibles para la industria. En la década de los ochenta, la fuerza industrial se hace independiente de las corrientes de agua, al inventar James Watt una máquina de vapor de movimiento rotatorio continuo, de aplicación práctica. Con el empleo del vapor, no solamente se facilita el establecimiento de industrias en cualquier lugar, capaces de trabajar todo el año, sino que también se hace posible la explotación de minas a mayor profundidad. Una de las primeras aplicaciones importantes de la máquina de vapor es la extracción de las aguas de filtraciones, que dificultaban la minería.

El aumento de la producción textil, minera y de otras especialidades, requería el mejoramiento del transporte. A principios del siglo XIX aparece el barco de vapor, y en la tercera década del mismo siglo, George Stephenson descubre la forma de aplicar la máquina de vapor al transporte terrestre: la locomotora.

En menos de cien años (de 1760 a 1830 aproximadamente) se transforma profundamente el sistema de producción y de distribución de mercancías. La máquina sustituye definitivamente al taller artesanal; el barco de vapor y el ferrocarril desplazan al velero, a la lancha y al transporte en carreta. Es una serie de inventos que se condicionan y se exigen mutuamente la que provoca esta modificación revolucionaria de los sistemas de producción. El rendimiento de la jornada del trabajador sube notoriamente.

La técnica y la ciencia a partir de la Revolución Industrial

La profunda transformación de la técnica industrial no se limita a Inglaterra ni se detiene en la primera mitad del siglo XIX. Desde 1800 aproximadamente, se extienden las formas industriales de producción, primero a Francia y a Alemania y hacia finales del siglo a Rusia, a Estados Unidos de América y a otras naciones. Hoy prácticamente ya no se encuentran países que no se hayan industrializado en mayor o menor medida.

La transformación técnica impulsa poderosamente a la ciencia. Las primeras innovaciones en los métodos de producción fueron principalmente el resultado del trabajo de obreros y técnicos, pero paso a paso va tomando más importancia la investigación científica. Así, los esfuerzos por el perfeccionamiento de la máquina de vapor conducen al descubrimiento de las leyes de la termodinámica y finalmente de la conservación de la energía, con sus múltiples aplicaciones prácticas y teóricas. La química, la ciencia de mayor desarrollo en el siglo XIX, supera toda idea mágica y, sobre la base de la teoría atómica, logra una nueva y más profunda comprensión de la estructura de los cuerpos. Se llega pronto a la elaboración de sustancias para blanquear y teñir telas, de perfumes y, después, de muchos materiales sintéticos. La aplicación de la electricidad a las comunicaciones (telégrafo de Morse, 1832; teléfono, 1876; radio, 1896) y a la generación de energía (motor eléctrico a finales del siglo) es ya el resultado de la investigación científica sistemática.

Hasta principios del siglo XIX, el hombre de ciencia solía ser un particular que se dedicaba a las labores de indagación y de experimentación, contando con dinero propio o con la protección de un gobernante. Con su creciente importancia, la investigación va siendo organizada y financiada por instituciones públicas. Las universidades alemanas lo hacen desde el siglo XVIII, y la Revolución Francesa y Napoleón fomentan también la investigación, sobre todo con fines militares. Poco después se crean en Inglaterra sociedades para incrementar la ciencia, en estrecha relación con la práctica industrial. En la segunda mitad del siglo se organizan laboratorios científicos en las fábricas (sobre todo en la industria química; en la eléctrica y en las fundiciones). Más tarde, fundamentalmente en el segundo tercio

del siglo XX, vienen siendo los gobiernos los que se encargan de dirigir la investigación científica en escala gigantesca, directamente o a través de las universidades y otras instituciones similares. El trabajo suelen realizarlo ya no investigadores aislados, sino equipos numerosos, dotados de instrumentos complicados y costosos. Se calcula que en 1896 había unos 15 000 investigadores científicos en el mundo, y que su número había subido a 400 000 hacia 1950.

El pensamiento científico ha sufrido una intensa evolución. Hacia mediados del siglo XIX se profundiza la separación entre las distintas ramas del saber. Los estudiosos de los problemas sociales y culturales se apartan generalmente del conocimiento de las ciencias naturales, por considerarlas demasiado dedicadas a la técnica y a la producción, y muy poco al hombre. También se pierde el contacto estrecho entre las ciencias naturales mismas. Para el fin de siglo empieza a extenderse la idea de que el conocimiento humano está próximo a abarcar todo lo que existe, y que debe renunciar a crear una imagen única del universo. Esta concepción, que corresponde a la filosofía positivista, se ve pronto destruida por nuevos conocimientos. Por una parte, la teoría de la evolución de Darwin, furiosamente combatida al principio, socava la idea del mundo inmóvil y estático; el descubrimiento de la divisibilidad de los átomos y de la transformación de los elementos químicos, hasta entonces considerados invariables, refuerza la concepción del mundo en evolución. Muchos fenómenos nuevos, que se descubren a principios del siglo XX (sobre el comportamiento de la luz al recorrer distancias muy grandes, y el de las llamadas partículas elementales, como los electrones, protones y neutrones), desorientan a numerosos físicos que llegan a rechazar el principio de la causalidad; otros en cambio arriban a la conclusión de que los fenómenos no dejan de tener causas científicamente determinables, pero que éstas no tienen por qué ser del mismo tipo de las conocidas en la química y en la física clásicas. En las últimas décadas nuevamente se está imponiendo entre los científicos la idea de que el universo forma una unidad, enormemente multifacética, en que actúan ciertos principios generales. Esta concepción se extiende también, para muchos pensadores, al vínculo entre el mundo social y la naturaleza; se ve apoyada por el constante encuentro de relaciones entre los distintos aspectos de la realidad, que ha dado lugar a la creación de una multitud de nuevas ciencias (como la bioquímica), que estudia las líneas de unión entre campos diversos y demuestran su estrecho contacto. Además, se abre paso la idea de que la ciencia, lejos de acercarse a conocer "todo" el universo, esté penetrando en un mundo infinito, y que admite y requiere una permanente ampliación y profundización.

El desarrollo de la ciencia facilita un constante avance de la técnica, mucho más allá de lo que habían podido lograr los trabajadores y técnicos de la Revolución Industrial. Así, el mejoramiento de los ins-

trumentos ópticos permite un gran progreso de la astronomía y del estudio de los objetos muy pequeños, con el correspondiente avance de la biología y la medicina. El dominio de la química lleva a la creación de múltiples materiales sintéticos, muchos de ellos de mayor utilidad de los que hay en la naturaleza; entre los más importantes se encuentran los plásticos y los colorantes. También la medicina se ve beneficiada por los nuevos hallazgos; durante el siglo XX se descubren las vitaminas, las sulfas y los antibióticos; se producen industrialmente sustancias orgánicas complejas, importantes para la vida, como las hormonas. La agricultura recibe el impulso de los fertilizantes artificiales, que permiten aumentar de manera extraordinaria el rendimiento de los cultivos. Se desarrollan sistemas de riego que aprovechan al máximo el agua utilizada (como los de riego por goteo), y también se experimentan y se empiezan a usar formas de desalinización de aguas marinas, lo que permite establecer asentamientos humanos en costas que no disponen de agua dulce.

A finales del siglo XIX se inventa el motor de combustión interna, que permite la aparición del automóvil, con lo que se revoluciona totalmente el transporte en el mundo. Poco tiempo después se inicia la aviación, cuya importancia comercial es ya extraordinaria.

Casi simultáneamente con el anterior aparece el motor eléctrico, que va desplazando en el siglo XX a la máquina de vapor en la industria. La abundancia de energía barata, fácil de transportar por medio de cables como lo es la eléctrica, permite el establecimiento de industrias en zonas antes difícilmente aprovechables. En los momentos actuales se expande la producción de electricidad con base en el aprovechamiento de la energía nuclear, además de continuar su elaboración por medio de la fuerza hidráulica o de medios térmicos; se está avanzando también en el aprovechamiento de otras fuentes de energía, como la solar, la del viento y otras.

Desde finales del siglo XVIII, y cada vez más conforme se desarrolla la técnica, se requiere incrementar la producción de fierro, de acero y de otros materiales, para fabricar las máquinas necesarias. Con la ayuda de la investigación científica se inventan nuevas técnicas de fundir el acero, y muchas combinaciones ventajosas (aleaciones) de éste con distintos materiales. El fierro, el acero, el aluminio y otros metales, así como el carbón y el petróleo, desempeñan un papel creciente en la producción.

Entre los más importantes instrumentos inventados por el hombre se encuentran las computadoras, capaces de efectuar complicadas y difíciles operaciones en un tiempo brevísimo. Estos aparatos, que se han desarrollado en las últimas décadas, son ya un auxiliar indispensable para muchas investigaciones. Su aplicación en la industria está iniciando otra revolución; los progresos realizados hasta ahora tendían a disminuir el trabajo físico del hombre y a sustituirlo con el de

la máquina; los llamados "cerebros electrónicos", a su vez, inician la dirección automática del proceso de producción.

En 1957, con el lanzamiento del primer satélite artificial por la Unión Soviética, se inicia otra etapa de superación técnica. El rápido perfeccionamiento de cuerpos celestes artificiales ha llevado ya a que el hombre salga al espacio extraterrestre en vehículos tripulados (y que incluso abandone éstos para flotar y moverse libremente en el espacio); varios cosmonautas estadounidenses han llegado a la Luna. Se han lanzado vehículos al cosmos que pueden recuperarse para volver a ser utilizados; también se han sustituido tripulaciones en vehículos en pleno vuelo espacial. Varias sondas han sido enviadas a distintos planetas; lo que ha reportado datos importantes para el estudio del universo.

El empleo de la máquina también ha tenido una continuación lógica. Desde principios del siglo XX se ha pasado al uso de la "banda sin fin", que coordina una serie de instrumentos servidos por trabajadores especializados en una sola operación. Esta forma de llevar al máximo la división del trabajo incrementa mucho el rendimiento, pero trae consigo graves problemas para el trabajador, como son la fatiga y la sumisión absoluta al ritmo de la máquina. La continuación de la banda sin fin está en la fábrica automatizada, en que la producción se encuentra a cargo de una serie de máquinas coordinadas en forma automática, casi sin intervención humana. Con estos últimos adelantos, que son una continuación y un desarrollo de la Revolución Industrial, aumenta en escala antes desconocida la producción, pero disminuye notoriamente el número de trabajadores empleados.

Las nuevas formas de trabajo requieren obreros más preparados, que estén en condiciones de atender y dirigir las complejas instalaciones actuales. Además, se necesita cada vez más que puedan adaptarse a nuevas condiciones de trabajo, en vista de los rápidos cambios de la técnica. Por ello se extiende la enseñanza primaria en todos los países al parejo de la Revolución Industrial, y se ve ya la necesidad de proporcionar enseñanza media general a la población, para que pueda aprovechar eficazmente los instrumentos modernos.

Al mismo tiempo; la aplicación actual de la ciencia y de la técnica ha creado o acentuado muchos problemas. Así, el trabajador muchas veces se transforma más y más en un "engrane" de un aparato en cuya dirección no puede intervenir: se enajena y se ve rebajado en su calidad humana. Por otra parte, el impulso de producir cada vez más aprisa y de obtener rápidamente un máximo de ganancia, ha conducido a un tremendo despilfarro de energéticos y de otros recursos; la continuación de esta tendencia podría llevar en un plazo históricamente breve al agotamiento de muchos recursos de la Tierra (como el petróleo), y con ello a nuevos y gigantescos problemas. El abuso de elementos antes poco aprovechados o hasta desconocidos, como los fertilizantes artificiales y los combustibles nucleares, está contami-

nando extensas zonas del planeta y alterando o hasta destruyendo los seres vivos que en ellas habitan.

El desarrollo de la ciencia y de la técnica ha llevado en los últimos cincuenta años a una amplia interpenetración de ambos elementos, y ofrece enormes perspectivas de bienestar al hombre. Por primera vez en su historia, éste está en condiciones de dirigir científicamente a la industria y a la agricultura, y de incrementar en forma nunca antes vista su riqueza.

La solución de la opción que se presenta, entre un uso catastrófico de los nuevos conocimientos y capacidades del hombre, y su aprovechamiento para su mayor libertad, no depende de la técnica, sino de la decisión de la humanidad, de sus sectores más conscientes, interesados en abolir la miseria y la opresión, capaces de buscar y encontrar una vía de superación.

Las consecuencias sociales de la Revolución Industrial. Las nuevas ideologías sociales

La concentración en las ciudades

El desarrollo de la industria fue atrayendo grandes masas de trabajadores, sobre todo de origen campesino, a las ciudades. En Inglaterra, el fenómeno se ve acentuado por la transformación de muchísimos campos de labor en pastizales para la cría de ovejas. En periodos de auge industrial, las fábricas absorben la mano de obra que se presenta. Sin embargo, al saturarse el mercado y no encontrar salida para sus productos, los fabricantes cierran sus empresas despidiendo a los obreros. En estas etapas de crisis, que se presentan con cierta frecuencia, los trabajadores se encuentran sumidos en la más profunda miseria. También en los ciclos de plena ocupación, los salarios son bajos, la gran afluencia a las ciudades provoca condiciones pésimas de vivienda (frecuentemente viven cinco familias completas en un solo cuarto), condiciones de trabajo extremadamente penosas, jornadas de 14 hasta 18 horas, y se implanta en gran escala el trabajo para mujeres y niños.

El luddismo

En 1764, Inglaterra importa y transforma un millón de libras de algodón; en 1799, 48 millones, y en 1841, 437 millones. A pesar de este gran aumento de la producción, el número de tejedores disminuye ligeramente en el mismo periodo. Este mismo cuadro se observa prácticamente en toda la economía inglesa: las máquinas desplazan grandes masas de obreros, al aumentar enormemente el rendimiento del trabajo de cada individuo.

Aunque el empleo de las máquinas incrementa en mucho la producción total, significa simultáneamente un empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores al desocupar a un gran número de éstos. La primera reacción, con la que aparece en la escena el movimiento obrero, es el odio contra las máquinas y su destrucción violenta. Se producen muchos incidentes de este tipo, a partir de 1760; culminan por 1811-1812. El movimiento, por su dirigente Ned Ludd, recibe el nombre de luddista. De hecho, se trata de un intento de restablecer las condiciones artesanales, cosa completamente imposible. El parlamento inglés dicta varias leyes, castigando con la pena de muerte a quien destruyera una máquina. Los trabajadores se ven forzados a emplear nuevas formas de lucha.

A pesar de su fracaso, el movimiento luddista enseña a los obreros su carácter de clase, el hecho de que tienen intereses comunes y les muestra su fuerza proveniente de su concentración en gran número. Empiezan a surgir las organizaciones obreras permanentes, como son los sindicatos.

El cartismo

Al darse cuenta del fracaso de su movimiento violento contra las máquinas, los obreros ingleses quieren obtener influencia en el órgano legislativo. Envían con este fin una carta al propio parlamento, citando sus exigencias: el sufragio universal, el voto secreto, el pago a los diputados sin el cual los pobres no podrían entrar al parlamento, y una reorganización de los distritos electorales del país que favorecían a las antiguas villas feudales y dejaban sin representación a las nuevas ciudades industriales recién surgidas. El movimiento cartista (recibe este nombre por la carta que presentó) logró reunir más de un millón de firmas al pie de su petición. Sin embargo, la Cámara de los Comunes se negó a discutirla.

El socialismo

Con el afán de resolver el "problema social" obrero, originado en la aparición del proletariado, surgen varias teorías que proclaman la necesidad de poner los nuevos sistemas de producción al servicio de la sociedad. Todas las ideas socialistas quieren la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, y la implantación de la propiedad social, en diferentes formas.

Tomás Moro. Hay pensamientos de tipo socialista desde épocas muy antiguas. El antecedente moderno de estas ideologías está en Tomás Moro, canciller de Enrique VIII. En su libro *Utopía*, Moro describe una sociedad feliz, basada en el trabajo de todos sus integrantes y en la propiedad colectiva de la tierra. Campanella, en *La ciudad del Sol*, expone otro proyecto bello, pero también irrealizable.

Robert Owen. A principios del siglo XIX, este industrial inglés, preocupado por las malas condiciones en que vivían sus trabajadores, aplicó una serie de reformas en su propia empresa; prohibió el trabajo a los menores de diez años y les puso escuelas; redujo la jornada de trabajo; mejoró, en general, el nivel de vida de sus operarios. El resultado fue, para sorpresa de todos, un aumento de las ganancias. Owen trató de extender su sistema, pero fracasó. Se dedicó entonces a la fundación y protección de cooperativas, pero no logró con ellas cambiar en lo fundamental la suerte de los trabajadores ingleses. A instancias suyas, los sindicatos ingleses se organizaron por poco tiempo en una gran unión, que lo eligió presidente. Posteriormente intervino en la creación de cooperativas en Estados Unidos de América.

Babeuf. Durante el gobierno jacobino, Gracchus Babeuf, al frente de la "Conjura de los Iguales", exigió la continuación de la revolución y el reparto de la tierra entre todos los campesinos. Caído Robespierre, Babeuf fue encarcelado y liberado posteriormente. Siguió luchando por la abolición de la propiedad privada; finalmente, fue decapitado en 1797.

Saint-Simon. Este continuador de Babeuf sostiene que la monarquía debe apoyarse en los "productores más inteligentes"; considera como tales a los obreros y a los industriales. Esta idea, más que socialista, es antifeudal. Se le considera entre los pensadores del socialismo, porque exige la planeación nacional de la economía, a favor de los pobres y contra los "ociosos". Quiere convencer a los propios nobles, que resultarían perjudicados, a que renuncien a sus privilegios.

Fourier. Sus ideas son parecidas a las de Saint-Simon y a las de Owen. Pretende resolver los problemas pidiendo que el Estado o algún rico (puso anuncios solicitando a tal filántropo que nunca se presentó) organizara grandes "falansterios", establecimientos que agruparían de 1 000 a 2 000 personas quienes vivirían en forma cooperativa, bajo la protección y el impulso del Estado y desarrollando el tipo de trabajo que más les agradara.

Blanc. Su fórmula consiste en los "talleres nacionales", empresas del Estado que con la ayuda de éste vencerían en la competencia económica a la propiedad privada.

Todas las ideologías anteriores, conocidas como socialismo utópico, tienen varias características comunes: todas hablan de las contradicciones entre la clase trabajadora, pobre y explotada, y la capitalista. Todas quieren resolver el problema implantando la propiedad social. Para lograrlo, apelan a la buena voluntad de los gobiernos y de la clase rica.

El anarquismo. El anarquismo comparte con otras tendencias socialistas el ideal de un hombre libre de opresión y de miseria. Una de sus ideas centrales consiste en que toda autoridad, y sobre todo la estatal, es mala y debe ser combatida; el Estado debe ser abolido. En el anarquismo se desarrollan varias tendencias, desde la que pone en el centro de la atención al individuo, hasta las colectivistas que buscan una sociedad basada en comunidades autogestionarias (campesinas, obreras —a veces sindicales— y de otros grupos sociales). El anarquismo llegó a tener mucha fuerza sobre todo entre grupos de artesanos y de intelectuales. Sus principales pensadores fueron Proudhon, Kropotkin, Bakunin y otros.

El socialismo científico. El *Manifiesto Comunista*, redactado por Karl Marx y Friedrich Engels, es la primera exposición clara de la teoría marxista, que habría de llegar a tener una enorme influencia en nuestro mundo actual. En filosofía, el marxismo es materialista, o sea, considera que la materia produce la idea y no lo contrario; la idea, a su vez, ejerce una influencia más o menos importante. La organización social se basa en las relaciones de producción entre los hombres, es decir, en las formas de colaboración que se establecen para producir y distribuir los bienes necesarios para la vida y los de lujo. Estas relaciones, por su parte, dependen de la propiedad sobre los instrumentos y de la técnica que se emplean. Sobre esta base se levanta la "supraestructura", que consiste en el Estado, las ideologías políticas, el arte, etcétera. Todo esto, a su vez, influye sobre la base social, acelerando o frenando su progreso. Para el marxismo, el mundo no es inmóvil, ni se repiten los acontecimientos en forma idéntica; lo concibe en movimiento dialéctico, en un avance a través de la lucha entre factores contradictorios. Al aplicar este concepto a la sociedad humana, considera que su característica principal desde la desaparición de la comunidad primitiva es la lucha de clases, debida a los intereses opuestos de éstas. Esta lucha, en su desenvolvimiento, lleva a la superación de la propia sociedad, a que ésta destruya las formas de organización que ya no son útiles para su avance y las sustituya por otras, adecuadas a sus necesidades. Considera que el proletariado, por estar ligado a la producción moderna y desarrollarse con ésta, es la clase social dirigente del porvenir; su modo de vida y de pensamiento va de acuerdo con la forma social impuesta por la técnica de nuestro tiempo, de tipo colectivo, mientras que la burguesía, por su carácter individualista, entra en contradicción con la forma cada vez más social de la producción. De la lucha inmediata entre la burguesía y el proletariado por alcanzar mayores ganancias y mayores salarios respectivamente, se pasa a la forma más elevada y decisiva de la contradicción entre estas dos clases: la lucha por el poder, para mantener o abolir la propiedad privada sobre los medios de producción.

En el aspecto de la economía, el marxismo considera que el valor de una mercancía (expresado comercialmente en su precio) es el resultado del trabajo socialmente necesario para producirla (el trabajo que necesita una sociedad dada, en promedio). La fuerza de trabajo del obrero, a su vez, es otra mercancía, comprada con el salario. Su valor consistirá en lo necesario para producir esa fuerza de trabajo, lo que equivale al mantenimiento mismo del obrero. (Esto se refiere al asalariado como clase social, incluyendo a los niños y ancianos, y varía de acuerdo con la tradición y otros factores.) Pero el obrero siempre produce más de lo que necesita para mantenerse, y esta diferencia, la plusvalía, es en lo fundamental la ganancia del capitalista. Según avanza la técnica y la productividad del trabajo, aumenta la parte del valor (la plusvalía) que queda en manos del capitalista.

Para superar las contradicciones de la sociedad capitalista, el marxismo considera necesario socializar, o sea, pasar a propiedad colectiva los medios de producción. Esto sólo puede realizarse por medio del dominio del proletariado, única clase social interesada hasta el final en esta transformación. Quiere llegar así a abolir la explotación del hombre por el hombre y a establecer la sociedad sin clases.

El movimiento obrero

Después de la derrota de la revolución de 1848, casi desaparecen las organizaciones obreras durante algún tiempo. En 1864 se funda la Asociación Internacional de Trabajadores ("Primera Internacional"), dirigida fundamentalmente por Marx y Engels. En su seno se realizaron muchas discusiones entre los partidarios de las ideas marxistas y quienes sostenían puntos de vista anarquistas o propios del socialismo utópico. La Primera Internacional divulgó ampliamente las ideas marxistas. A raíz de la derrota de la Comuna de París, y también por la agudización de las luchas internas, dejó de actuar en 1872-1873 y se disolvió en 1876.

Se forman otras agrupaciones obreras, muchas de ellas de inspiración religiosa. Hacia las últimas décadas del siglo XIX aparecen los partidos socialistas o socialdemócratas en Europa, que se agrupan en la "Segunda Internacional" (1889). Al principio, su ideología es marxista; poco a poco la penetran ideas moderadas, que no consideran necesario el dominio del proletariado para transformar a la sociedad. La Segunda Internacional deja de ser revolucionaria para llegar a ser reformista: pone los pequeños cambios continuos por encima de la revolución social. Al estallar la Primera Guerra Mundial, en vez de luchar por la revolución como lo establecían sus principios, los partidos socialdemócratas se alían a los gobiernos de sus respectivos países. Solamente el partido bolchevique en Rusia, y algunos otros grupos, mantienen intransigente su postura revolucionaria.

En 1919, a raíz de la revolución comunista en Rusia, se funda la Tercera Internacional (*Comintern*, Internacional Comunista), que organiza la colaboración entre los comunistas de todo el mundo y los dirige hasta 1943, en que se disuelve. Mantiene y propaga los conceptos del marxismo, con las aportaciones de Lenin, Stalin, Dimitrov, Mao Tse-tung y otros pensadores y políticos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, se mantiene durante varios años la unidad del movimiento comunista. A partir de 1958 se manifiestan divergencias importantes, sobre todo entre la Unión Soviética y China, y por 1976 surge el "eurocomunismo", que cuestiona la experiencia soviética y busca nuevas vías, en gran parte parecidas a las de la socialdemocracia.

La Segunda Internacional se reorganiza después de la guerra de 1914-1918; algunos de sus partidos abandonan declaradamente el marxismo, mientras que otros afirman seguir dentro de esta doctrina, pero renunciando expresa o tácitamente a varias de sus tesis fundamentales; sobre todo a las referentes a la revolución proletaria. Después de la Segunda Guerra Mundial, resurge con el nombre de "Internacional Socialista" y abandona casi totalmente los postulados revolucionarios y la exigencia de pasar los medios de producción a propiedad social.

Legislación protectora del trabajo

Desde principios del siglo XIX se inicia la promulgación de medidas protectoras de los trabajadores. Se comienza a reducir y después prohibir el trabajo de los niños; los sindicatos, que habían sido prohibidos, son legalizados nuevamente. El movimiento obrero consigue, paso a paso, la reducción de la jornada de trabajo de 14 o 16 horas a la actual de ocho horas, mundialmente aceptada. Se fijan condiciones mínimas de higiene, se establecen ciertas medidas que aseguran el derecho del trabajador a su fuente de trabajo, etcétera. Sin embargo, aunque hay numerosos reglamentos internacionales, la situación de los trabajadores es muy desigual en los distintos países.

Los sistemas de seguros obligatorios, que empiezan a establecerse en la década de los cincuenta en Francia, y en la de los ochenta —ambas del siglo XX— en Alemania, son un importante elemento para proporcionar servicios médicos y otras prestaciones a los obreros. La mayoría de los países crea instituciones de este tipo, en algunos casos como resultado de las exigencias del movimiento proletario y en otros por iniciativa de los propios gobiernos, que quieren anticiparse a tales demandas.

Resumen

El mundo sufre una profunda transformación en los siglos XVII, XVIII y XIX. La época anterior había preparado el predominio de una

sociedad mercantilista, pero había dejado intactas las bases de la sociedad medieval: seguían existiendo relaciones de servidumbre en el campo; no se habían abolido las numerosas soberanías locales, aunque ya se habían reducido; los gobiernos, en su mayoría, seguían sosteniendo su derecho a dirigir soberanamente, por "inspiración divina", los destinos de sus naciones y no se reconocía la idea de la soberanía popular. Toda la sociedad estaba estructurada sobre la desigualdad entre sus clases, sectores o Estados.

Al final de la época predomina otra organización social: la economía es capitalista, basada en la industria y en el intercambio comercial; son abolidos los derechos feudales en el campo; desaparecen definitivamente las soberanías de tipo feudal para dar lugar a los Estados nacionales; se reconoce el derecho de los pueblos a darse su propio gobierno, o sea, la soberanía popular.

Todo esto no es absoluto, y tiene mayor o menor vigencia en los diferentes países, pero caracteriza cada vez más a la sociedad humana.

El primer paso se da en Inglaterra. El rey Carlos I es vencido en la lucha armada por el Parlamento dirigido por Oliverio Cromwell y es decapitado en 1649. Cromwell, gobernando a nombre del pueblo, dicta una serie de medidas que favorecen los intereses de los comerciantes. Aunque se restablece la monarquía (1660), ésta se consolida sobre una base parlamentaria en 1688.

Las 13 colonias norteamericanas de Inglaterra entran en conflicto con su metrópoli. Se niegan a pagar impuestos en cuya aprobación no hayan participado. La lucha estalla en 1774 y los ejércitos insurgentes, bajo la dirección de George Washington, logran obtener el triunfo después de casi nueve años de combate. España y Francia, por sus rivalidades con Inglaterra y, en el segundo caso, por sus fuertes sectores liberales, dan un importante apoyo a los colonos. La nueva nación, después de algunas dificultades, se organiza en federación y elige como primer presidente a George Washington.

La última década del siglo XVIII se estremece por la gran Revolución Francesa. Los Estados Generales, convocados por Luis XVI en 1789, se transforman en Asamblea Constituyente, aboliendo así la monarquía absoluta. Bajo la presión constante del pueblo renuncia la nobleza a sus privilegios, se proclaman los Derechos del Hombre y la Constitución. La Asamblea Legislativa prosigue esta obra, que culmina en 1793 y 1794, bajo el gobierno jacobino de la Convención, en el reparto extenso de la tierra y en el aniquilamiento violento de la nobleza. Guillotinado Robespierre, hay otro periodo de gobierno girondino de la Convención. Aunque no tiene el vigor de la época anterior, consolida en muchos aspectos la obra de la Revolución.

En 1799, el joven general Napoleón Bonaparte se apodera del gobierno de Francia. Su régimen, al principio como Cónsul y después como emperador, consolida las reformas realizadas por la Revolución.

Se aprueba el "Código Napoleónico", se reorganiza el país y, a través de una serie de guerras de conquista, se divulgan muchas de las ideas de la Revolución Francesa por toda Europa, debilitándose en importante medida el feudalismo en todo este continente.

El crecimiento del mercado, muy violento a partir del siglo XVI, exige una mayor producción. Como resultado, aparece la manufactura y después la industria. La maquinaria sustituye a las herramientas, y la fábrica al taller artesanal. Este movimiento se inicia en Inglaterra, en la industria textil, y se extiende rápidamente a las demás ramas de la producción y a muchos otros países. El resultado de la introducción de la maquinaria es, por una parte, el aumento vertiginoso de la producción y, por otra, la reunión de masas obreras, que viven en la miseria.

La primera reacción del naciente proletariado es el intento de destruir las máquinas (luddismo). Fracasa esa tentativa y los obreros toman el camino legal del cartismo. Aparece una serie de ideas socialistas que quiere resolver el problema social aboliendo la propiedad privada y sustituyéndola por la colectiva sobre los medios de producción. Los socialistas utópicos apelan para ello a la buena voluntad de las clases poseedoras o de los gobiernos; los marxistas ven la solución en la lucha de la clase obrera por su liberación económica y social.

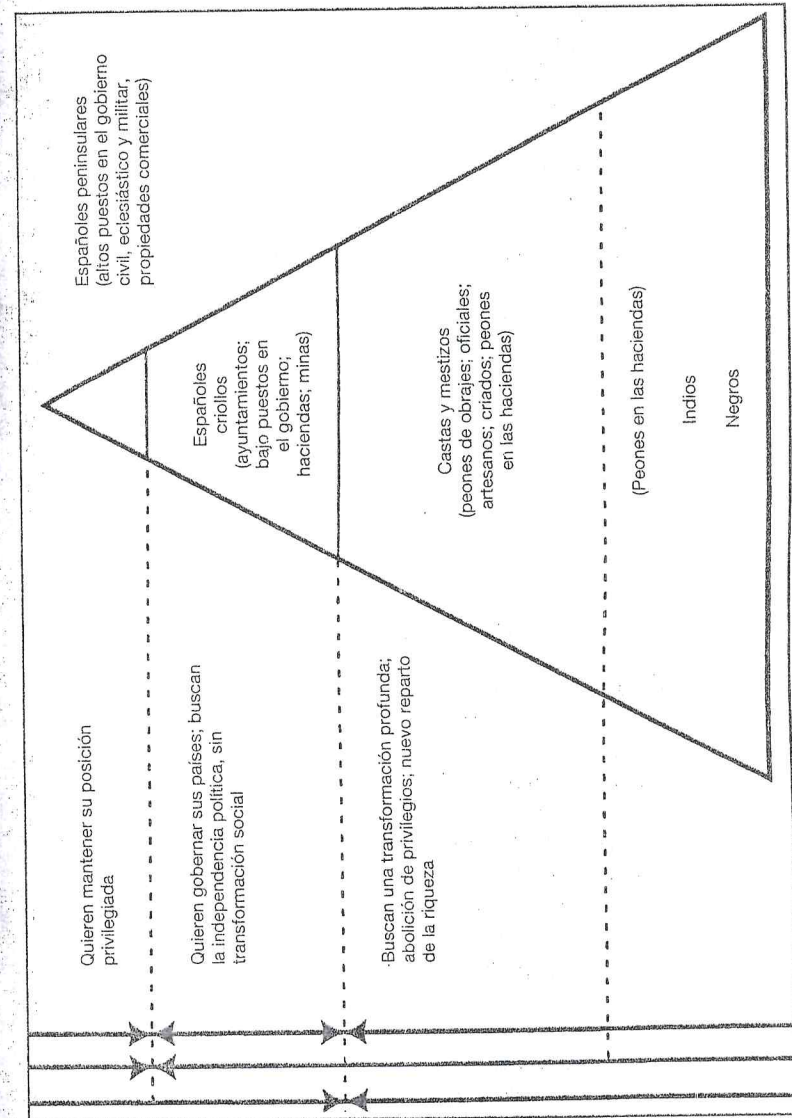
EL SIGLO XIX

La independencia de los países latinoamericanos

La situación de las colonias

En los trescientos años de vida colonial, se desarrollaron nuevas condiciones en los países de América Latina. En todos ellos existía un sistema semifeudal. Las haciendas comprendían la mayor parte de la tierra de labor; compraban y vendían poco, con excepción de las que abastecían de víveres y demás artículos a las poblaciones mineras. La masa de la población vivía de hecho como siervos. Las prohibiciones implantadas por España impedían el desenvolvimiento del comercio y de la industria. El comercio entre las colonias estaba muy restringido, y en algunos casos totalmente prohibido. La Corona española cobraba fuertes impuestos, como el tributo personal y el quinto real sobre la extracción de metales preciosos.

La estructura social estaba relacionada con las diferencias raciales. El grupo más privilegiado era el de los españoles peninsulares, quienes disponían de los altos puestos del gobierno civil, religioso y militar. Los criollos, descendientes puros de los españoles, nacidos en las colonias, eran los dueños principales de las haciendas y de las minas. Habían desarrollado una conciencia propia, que los hacía



Estructura social y doble contradicción en las colonias latinoamericanas